



LOS PIOJOS Y EL PASO DEL ECUADOR



EN la famosa aventura del barco encantado (*dQ2-29*) hay un pasaje que cuando lo leemos nos partimos de la risa imaginándonos la escena, y más hoy, cuando la higiene personal ha hecho desaparecer los piojos de nuestro entorno. Aunque esto era muy distinto en la época de Cervantes, sobre todo en entornos tan cerrados como los navíos, donde piojos, pulgas y otros animalillos atestaban los rincones de barcos y marineros:

—Sabrás, Sancho, que... los que se embarcan en Cádiz para ir a las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la línea equinocial que te he dicho es que a todos los que van en el navío se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan a oro; y así, puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y si no, pasado habemos.

...

—Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste y terrestre... Y tómate a decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco.

Tentose Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza y miró a su amo y dijo:

—O la experiencia es falsa o no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas.

—Pues ¿qué? —preguntó don Quijote—. ¿Has topado algo?

—¡Y aun algos! —respondió Sancho.

Este asunto de la extinción de los piojos y ladillas cuando se pasaba del hemisferio norte al sur suele ser escuetamente anotado por los editores: «Era creencia popular muy

difundida». Creencia popular que habría propalado la gente de mar, aunque carecía de base científica alguna. Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) viajó varias veces entre España y América con cargos de funcionario, siendo uno de los primeros cronistas del Nuevo Mundo. En 1526 publicó *Sumario de historia natural o De la natural Historia de las Indias*, donde podemos leer:

De los animales pequeños y importunos que se crían en las cabezas y cuerpos de los hombres, digo que los cristianos muy pocas veces los tienen idos a aquellas partes, sino es alguno uno o dos; y aquello rarísimas veces, porque después que pasamos por la línea del diámetro donde las agujas hacen la diferencia del nordestear, o noroeste que es en el paraje de las islas de las Azores, muy poco camino más adelante, siguiendo nuestro viaje y navegación para el poniente, todos los piojos que los cristianos llevan o suelen criar en las cabezas y cuerpos se mueren...

En el pasaje aludido, Cervantes pone en boca de don Quijote gran cantidad de términos usados en Cosmografía y Náutica, términos no utilizados por el vulgo. Sancho, lógicamente, no los conocía, como la mayoría de lectores; pero Cervantes sí, pues viajó por el Mediterráneo a bordo de varios tipos de navíos. No, que se sepa, a América, pero dejó escrito de sí mismo que era «aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles» (*dQ1-9*), y bien pudo, en sus periodos en Sevilla, haber tratado con gente bregada en la *Carrera de las Indias*, y así, si bien sólo de oídas, podía asegurar que los animalillos de seis patas se morían al pasar el Ecuador.

En el caso de saberse a principios del s. XVII que esta creencia era falsa, el que Cervantes la pusiera en boca de don Quijote habría sido otra forma más de reírse de su insuficiencia como caballero andante, que «ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas» (*dQ2-18*). Y ya conocemos que ni sabía calcular las horas por la posición de la *bocina* (*dQ1-20*) ni multiplicar «nueve meses, a siete reales cada mes», porque «hizo la cuenta don Quijote y halló que montaban setenta y tres reales» (*dQ1-4*, primera edición, usualmente corregido por los editores suponiendo que sería una fácil errata de imprenta).

Viene aquí de molde hablar de la salamanquesa, reptil del que se decía que era capaz de sobrevivir al fuego. Cervantes ironizó sobre ello en *dQ2-45*, cuando una moza protesta ante el gobernador Sancho de que un ganadero se ha apropiado de «lo que yo tenía guardado más de veinte y tres años ha, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego o como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias a manosearme».

Luis Miguel Román Alhambra
Sociedad Cervantina de Alcázar de San Juan